

X

EN PUEBLA

**E**L CANSANCIO y las molestias del diario traqueteo; la amenaza de volcaduras; y la inoportuna lluvia que con frecuencia venía acompañada de fuertes ventarrones, se notaron pronto en el rostro de los Emperadores. Carlota, siempre tan digna y cuidadosa en su vestir, tuvo que resignarse a llevar el traje ajado, hasta con salpicaduras de barro; y desentenderse un poco de que sus cabellos, de ordinario tan lustrosos y bien peinados, se escapasen en desorden a través de su redecilla de viaje. Y Maximiliano, en su casaca blanca de lino que siempre usaría en sus recorridos por las cálidas tierras del trópico, hacía esfuerzos por conservarse limpio y correcto en aquellas condiciones adversas. Varias veces debió enjugarse el sudor que humedecía su larga barba rubia; y en la intimidad de su carruaje, tomaba un pañuelo para quitarse el barro de las charoladas botas.

Hicieron su entrada en Córdoba a las dos de la mañana, casi a oscuras, porque los hachones que llevaba la comitiva, persistían en apagarse con la lluvia. Algunos indígenas madrugadores los vieron pasar sin comprender muy bien qué se trataba de los nuevos monarcas ante quienes eran súbditos.

Después, atravesaron Orizaba, una florida ciudad, más acogedora y amable que las del extremoso trópico, por encontrarse ya

en tierra templada, libre de las mortales fiebres. El Emperador que desde entonces la consideró deliciosa, habría de volver a ella en uno de sus primeros recorridos por la provincia mexicana.

Luego, para llegar a Puebla, el ascenso terrorífico por sobre las cumbres de Acultzingo, que hacía pujar a los caballos y estremecerse a los viajeros. Aquel país era todo montañas y abismos. Pero... ¡qué belleza fascinante la del suave valle orizabeño y el panorama fantástico de cumbres enhiestas y laderas floridas en cuyo extremo se erguía majestuoso, imponente, el nevado Pico de Orizaba! En toda su fatiga, Maximiliano se sentía aliviado ante aquellas maravillas de la Naturaleza. Amaba ya aquel país que de tal manera deleitaba su espíritu sensible, soñador y artista. Y su buena fe, su credulidad de hombre puro y sin maldad, lo hacían ensimismarse en bellos sueños de paz y concordia. Cuando México por fin se aquietase aceptando la monarquía como una liberación, entonces todos, en eufórica paz, podrían gozar de sus paisajes deliciosos, sublimes milagros del Supremo Creador.

No pensaba entonces tal vez que para gobernar un país, y un país crepitante de pasiones, había que ser organizador, administrador y... gobernante. Quizá hasta un déspota de férreo carácter para imponerse. Y él era sólo un sentimental que se extasiaba, se conmovía aún ante los esplendores de la Naturaleza radiante que se extendía a su vista en el viaje.

En Puebla se les hizo un recibimiento regio, el primero en realidad, acorde con su alta investidura de monarcas de un Imperio. Las autoridades francesas de ocupación, encabezadas por el general Brincourt, el alto Clero y gran número de monarquistas mexicanos, esperaban a los Soberanos entre lluvia de flores y repiques de campanas.

Coincidió la llegada de Sus Majestades a Puebla, con la celebración del cumpleaños de Carlota, el 7 de junio; y un grupo